









































hostiga a los criados. Joe Jr., el primogénito, y Jack se quedan con su padre fascinados por la actriz. Gloria es de una belleza dura, poco corriente: Walt Disney se inspirará en ella para la bruja de *Blancanieves*. «Espejito, espejito, dime quién es la más bella...». Los dos niños escuchan. Se habla de un viaje a Europa en transatlántico. Rosemary, la niña retrasada, juega con las niñeras. Se le cae la baba. Eunice corre. En cuanto a Jack, parece absorto en un ensueño sin fin. Sin embargo, está observando. Quisiera parecerse a su padre, el conquistador. No tiene ni la constitución ni la voluntad para ello. Joe Jr. es el favorito. El padre lo ha decidido ya: el primogénito de los Kennedy se dedicará a la política. Joe Jr. será presidente. Sí, presidente de Estados Unidos de América.

El patriarca es severo: sonrío poco y oculto tras sus gafas lo vigila todo. Mientras se sirven los cócteles cerca de la piscina, lo explica. Su familia es católica en un país protestante, pero está harto de ser tratado de papista, de que la buena sociedad de Boston lo ignore. Esta gentuza ha osado vetar su admisión en el club más exclusivo de la ciudad. ¡Qué afrenta! Se vengará. En cuanto a su familia, sólo hay una regla: inculcar a sus hijos la moral del lobo. Conquistar, ganar. Los niños deben luchar, las niñas han nacido para rezar y servir a los hombres. Rose no dice nada y se persigna discretamente. Cae la noche, el mar brilla. Un último velero entra en el puerto.

La velada es un éxito. En el restaurante más elegante de Hyannisport, La Goleta —construido sobre un barco—, Joe recorre las mesas y presenta a Gloria Swanson a sus amigos: «Mi socia», dice con una sonrisa de sacerdote libertino. Rose se queda en la mesa sola, mirando fijamente al vacío, con la boca torcida, esta boca sin labios, delgada como la raja de una hucha. Por la ventana podemos ver el muelle y los barcos. Está allí el *Rose Elizabeth*, el yate de su marido y, un poco más lejos, el Curtiss anfibio. Gloria Swanson, con traje blanco y perlas del Japón, está soberbia. Sus ojos verdes brillan.

Mañana por la mañana, a las seis, Rose Kennedy irá a misa y rezará una novena.

El mar está excelente. Pocas olas, una ligera brisa. Joe, que presume de ser un buen *skipper*, leva anclas. El *Rose Elizabeth* se vuelve hacia el horizonte, dobla la punta del espigón; Joe hace una señal a la comandancia del puerto. Tras ellos se escucha el traqueteo del primer ferry del día, rumbo a las islas Nantucket. El *Rose Elizabeth* es el barco que utilizan Joe Jr. y Jack: a los muchachos les encanta pasar detrás de las boyas y volver con el levante que devuelve las olas a la playa. Su padre dirige el yate hacia alta mar: en la proa Gloria Swanson sujeta el inmenso sombrero de paja con una mano. Se protege del sol, que le quema fácilmente la piel. Se agarra con firmeza a una soga: la actriz no sabe nadar. Joe Kennedy presume de ser un excelente nadador. Al timón del *Rose Elizabeth* resulta ser un navegante mediocre. El barco da tumbos, las velas se caen, pero a trancas y barrancas consiguen salir a mar abierto.

La costa se aleja.

—Cuando estemos en Europa...

Joe Kennedy sabe que el marqués Henry de la Falaise, el marido de Gloria, está cortejando a otra estrella de cine, Constance Bennett. En París frecuentan los mejores restaurantes y se gastan el dinero de Constance, millonaria tras haberse divorciado de Philip Morgan Plant, un riquísimo heredero. Para Joe Kennedy es muy cómodo. Puede seguir vaciando las cajas de la sociedad de producción de Gloria Swanson sin que ésta se dé cuenta de nada. Ella es incapaz de gestionar una merienda campestre, mucho menos una empresa. Antes dejaba que se ocupara de todo Joe Schenck, el jefe de la United Artist: despiadado, autoritario, dirige el estudio como si fuera una cuadra. Le gusta jugar, apostar en las carreras, invierte en negocios dudosos y desprecia a las artistas. Se parece a Joe K., salvo que este último es irlandés.

—Te marcharás en el *Olympic*, ¿no, Gloria?

Los camarotes ya están reservados. Dentro de una semana Gloria Swanson, acompañada del director Busby Berkeley y su esposa, se embarcará en el *Olympic* rumbo a Cherburgo. Unos días más tarde Joe y Rose Kennedy la seguirán a bordo del *Île-de-France*. Rose irá a Deauville. Joe y Gloria... irán a otra parte.

—Ya verás, será maravilloso.

Ella baja el ala de su sombrero que la brisa está a punto de arrastrar.

El sol está alto. A la sombra de una vela Gloria cae en brazos de Joe. A lo lejos se adivinan los acantilados sobre los que las gaviotas planean como cintas negras. *Rose Elizabeth* está inmóvil. Los amantes están desnudos. Joe no es un seductor atento, toma su placer y no lo comparte. Sin embargo, Gloria es sensible a la seguridad que respira, a su arrogancia. Joe hace el amor como un cartero reparte el correo. Va derecho a la meta.

A unos kilómetros de la costa están solos.

¿Solos? La trampilla se abre lentamente. Aparecen una mano y un rostro. Prudente y lento, Jack sale de su escondite. Oye los jadeos, los suspiros. A los 12 años ignora las cosas del amor: sus padres no le han hablado nunca de ello. En la escuela católica a la que asiste le han enseñado a olvidar la carne, a ocuparse sólo del alma, del poder absoluto de Dios y de sus ángeles. Avanza lentamente, rodea la cabina, ve la vela bajada. Y allí en la sombra ve... ve... ve. Es como si le hubiera caído un rayo, está conmocionado. Salta por la borda. Empieza a nadar, huye. No oye que su padre lo llama:

—¡Jack!

Joe Kennedy se tira al agua. Su hijo está débil debido a multitud de enfermedades que lo dejan postrado a menudo a la cama. En pocas brazadas el padre llega hasta él, lo sujeta por la nuca, lo gira y lo hace flotar sobre la espalda. Ha llegado justo a tiempo: sofocado por los sollozos, sin aliento, el niño está a punto de ahogarse. Mientras su padre lo lleva de vuelta al barco, Jack no para de dar hipidos.

Cuando suben a bordo, Jack está muerto de vergüenza. Cierra los ojos y el sol le forma un velo amarillo en la mirada que oculta el mundo entero. Quiere morir.

La comandancia de Hyannisport no hablará de este incidente. Los periodistas locales sólo lo sabrán unos años más tarde. Se mantendrá el secreto. Nadie ha visto nada, nadie ha oído nada. No ha pasado nada.

Es la última vez en su vida que John Fitzgerald Kennedy será *voyeur*. A partir de ese momento, y para siempre, él será observado, espiado, escuchado. Todavía no lo sabe, pero su vida se convertirá en un espectáculo permanente. Junto con sus acólitos, sus esbirros, sus figurantes, amigos y traidores, Jack será la estrella de una película fantasma con una estrella rubia.

Dos meses más tarde el mundo se viene abajo. La Gran Depresión causa estragos en Estados Unidos. El octubre negro rompe las familias, echa a la calle a millones de personas, reduce a cenizas las fortunas, carboniza Wall Street, hace desaparecer granjas enteras en una nube de polvo.

Joe Kennedy se hace todavía más rico.

Marilyn Monroe tiene 3 años.

## II

### Norma Jeane se casa

Norma Jeane nunca vio sonreír a aquella mujer. Apenas si la escuchó hablar. Gladys Baker intentó suicidarse dos veces: una tragándose las sábanas y otra abriéndose las venas con una horquilla. Norma Jeane apenas recuerda a esta desconocida pelirroja, su madre. Lleva años en un hospital psiquiátrico, el mismo hospital en el que murió la abuela de Norma Jeane, con una camisa de fuerza, en 1927.

Siempre fue de una familia de acogida a otra. Abandonada una y otra vez, dando tumbos, maltratada, Norma Jeane acabó en casa de los Goddard. Doc Goddard, el cabeza de familia, es un hombre simpático: trabaja de extra en el cine y vive de pequeñas chapuzas. Debe su apodo a la profesión de su padre que era médico en Texas. Una noche, borracho, Doc intentó violar a la pequeña Norma, de 11 años. Se echó tierra sobre el asunto. En cuanto a Grace Goddard, es una mujer bajita que admira desmesuradamente a Jean Harlow, la rubia platino, descubierta por Howard Hughes, que murió en 1937.

Norma Jeane vive en un desierto afectivo. Su familia adoptiva es indiferente, su madre está loca, su padre ha desaparecido. No conoce ni a su hermano ni a su hermana, ni siquiera sabe que existen. Es tímida, tartamuda, se siente... diferente. A los 15 años asiste a la Van Nuys High School, donde es una alumna mediocre. Los Goddard se mudan en septiembre de 1941 y Norma se aleja de su escuela. ¿Cómo llegar allí? El transporte público en Los Ángeles es prácticamente inexistente, y no van a dejar que la «pequeña» con-

duzca. Grace Goddard le pide un favor a una vecina, Ethel Dougherty: el hijo de Ethel, Jim, que tiene 20 años, quizá podría llevar a Norma Jeane al colegio. Por supuesto, estará encantado.

Jim Dougherty es el hijo menor de los Dougherty. Irlandeses de pura cepa, superaron la Depresión como millones de estadounidenses: apretándose el cinturón. Con sus cinco hijos, saltaron de una chapuza a otra, durmieron en refugios, trabajaron recogiendo naranjas en California, vigilados por gorilas armados con bates y fueron de mal en peor. Vivieron en una tienda, pasaron días y noches sin comer nada. Finalmente Ethel Dougherty consiguió enviar a su hijo a la Van Nuys High School. Para llegar a fin de mes el muchacho hace horas en una funeraria. En septiembre de 1941 encuentra un trabajo de verdad: de obrero en Lockheed, turno de noche. Su compañero de trabajo es un tío raro con la voz dulce y grave que parece dormido. Se llama Robert Mitchum, escribe poemas, se pelea con todo el mundo y quiere ser actor.

Jim Dougherty es muy amable: con su bigotito a lo Errol Flynn, es simpático, alegre, amable. Sueña con «ver mundo», viajar, pero ¿qué hacer mientras dure la guerra? Hay quien dice que Estados Unidos debe permanecer al margen del conflicto, otros piensan que debe entrar en la guerra. Los líderes sindicales de izquierda no ven ninguna ventaja en «ayudar en un conflicto capitalista», los políticos de derecha son aislacionistas. Joe Kennedy declara en la radio que los ingleses están condenados, que hay que ponerse de acuerdo con Hitler.

Los trayectos en el Ford *coupé* azul marino del que Jim está tan orgulloso son agradables: Norma Jeane aprovecha para acercarse a su chófer, admira ese bigote que le da «un aire distinguido», dice. Es divertida, risueña, tiene 15 años. Para Jim Dougherty es una niña. Pasan las semanas. Poco a poco entablan una cierta intimidad. De vuelta de Van Nuys, a veces Jim da la vuelta por Mulholland Drive, una carretera que serpentea por las colinas. Allí Norma Jeane se deja besar. Besar sí, pero nada más. «Nunca perdía el control», recordará Jim una vida más tarde.

El 7 de diciembre de 1941 atacan los japoneses. Los 2.403 muertos y 1.178 heridos de Pearl Harbor lo cambian todo. Estados Unidos entra en la guerra. Próximo objetivo: Los Ángeles, sus fábricas de aviones, sus depósitos de gasolina. Movimiento de pánico: la gente se aleja de la costa. Veinte mil japoneses que viven en California son inmediatamente considerados como miembros secretos de la quinta columna, topos del Imperio del Sol. El 10 de diciembre se ordena un apagón: la ciudad queda sumergida en la oscuridad total. ¿Total? No del todo. Hollywood Boulevard, el corazón de la ciudad permanece encendido. Nadie sabe cómo apagar las docenas de abetos que adornan las aceras, desde el Teatro Chino a Sunset Boulevard. Sin embargo, el arboreto de Los Ángeles, donde Henry Fonda y Barbara Stanwyck están rodando *Las tres noches de Eva*, está a oscuras. Es una lástima, era el último día de rodaje.

Cambia la vida. Ahora todo el mundo sabe que California, incluyendo los estudios, está al alcance de los ataques de submarinos japoneses, cazas o cualquier otra arma más peligrosa. Doc Goddard acepta un nuevo trabajo en Virginia. Norma Jeane está destrozada. ¿Qué va a ser de ella? El 25 de diciembre, mientras baila con Jim un tema de Hoagy Carmichael, Norma Jeane se pregunta cuál será su futuro. Una vez más la abandona su familia de acogida. La consideran como un bulto sospechoso. Escucha la canción, apoya la cabeza en el hombro de Jim: *Everything Happens to Me*, en la voz de Frank Sinatra, es una bonita melodía. Dice: «Mi mundo se ha venido abajo».

Norma Jeane adora a Frank Sinatra. Es un cantante de moda: con su cara flacucha, su pajarita y su voz aterciopelada, electriza a las adolescentes. Canta: *Black Magic, For Me and My Gal, Night and Day*. Hace soñar a América y Norma Jeane cierra los ojos para dejarse acunar por sus melodías.

Unos días más tarde Ethel Dougherty aborda a su hijo:

—Jim, se van los Goddard, no se pueden quedar con Norma, irá al orfanato hasta los 18 años.

—¿Y qué?

—Grace Goddard me pregunta si te casarías con ella. En junio cumplirá los 16.

Y así se hace. Le entregan a esta novia insólita un folleto de Emanuel Haldeman-Julius titulado *Lo que una joven debe saber sobre el matrimonio*, que data de 1923. ¿Qué es lo que debe saber? Pues conviene —se puede leer en este libro— mantener una casa agradable, tener contento al marido planchando sus camisas y preparando platos baratos y sabrosos. Los ruidos desagradables (vajillas, bayetas, cuarto de baño) deben taparse con una radio colocada en el lugar adecuado.

—¿Y el sexo? —pregunta Ethel a Grace.

—Ya lo aprenderá.

El viernes 19 de junio de 1942 se casan a las ocho de la mañana. Unos veinte invitados, un pastor en la casa, un traje bonito... Cuando Norma Jeane baja las escaleras, Jim no la reconoce. Tiene «una sonrisa que rompería las piedras». El registro civil indica que es la hija de una mujer llamada «Monroe». Padre: R. Mortensen, domicilio desconocido. Un amigo trae las alianzas sobre un pequeño cojín de terciopelo púrpura. Jim Dougherty, vestido de punta en blanco, está un poco achispado, porque acaba de beber dos vasos de bourbon para darse valor. Unas horas más tarde, ya borracho, baila en el escenario de un pequeño restaurante de barrio con una chica de alterne que le sujeta la mano. Norma Jeane «Monroe» Dougherty va a buscarlo y ya no lo suelta. Cuando llegan por la noche a casa, sólo hay una cama plegable. No importa. Tienen mucho que aprender.

El lunes siguiente Dougherty vuelve al trabajo. En Lockheed enseña la foto de su mujer. Robert Mitchum, obrero en la misma fábrica le pregunta:

—¿Tè hace el mismo bocadillo todos los días?

Luego mira la foto y reconoce:

—Sí, está mucho mejor que un bocadillo.

Norma Jeane descubre su arma principal: la sensualidad. Ve cómo se enciende el deseo en la mirada de los hombres y juega con él. Cuando su marido se alista en la marina mer-

cante, se queda aterrorizada. ¿Se va a quedar sola? Envían a Dougherty a Catalina Island, frente a Los Ángeles. Es un lugar paradisíaco, donde las estrellas de cine van a pasar el fin de semana y donde productores como Louis B. Mayer, Samuel Goldwyn o Joe Schenck se ocupan de sus negocios de manera discreta, especialmente cuando tratan con Willie Bioff, Longy Zwillman o Joe Rosselli, los gánsteres que controlan Hollywood. La isla es soberbia, está dominada por una pequeña ciudad, Avalon, donde se han instalado muchas administraciones: el centro de mando de los marines, la oficina de la OSS, la primera agencia de espionaje, antepasada de la CIA, y la escuela de formación de la Marina. Hay miles de marines, con las manos en los bolsillos, porque la única actividad es contemplar los petreles y los escasos bisontes importados para el rodaje de un *western* olvidado. Hay pocas mujeres. O son inaccesibles o son feas.

Una noche la orquesta de Stan Kenton toca algunos éxitos en el casino de Avalon. El más conocido se titula *Eager Beaver*, lo que en argot significa una sonrisa vertical apetitosa. La gran sala, llena de marines, sigue el ritmo. Apenas ha empezado a bailar Jim Dougherty se interpone un admirador. Luego otro. Luego otro. Jim pierde de vista a su mujer, devorada por las hordas de lobos hambrientos. Cuando la encuentra por fin, le brillan los ojos, ríe a carcajadas, está... diferente.

Jim Dougherty se instala ante una cerveza. La cerveza se calienta. Pasan las melodías. Desfilan los rostros. La noche se alarga. Siete horas más tarde aparece Norma Jeane. Está radiante, sí, radiante.

Cuando Jim se embarca, Norma Jeane vuelve a su casa. Se aburre. ¡Vaya si se aburre! Escribe decenas de cartas a su marido, cuida animales perdidos y empieza a trabajar en una fábrica aeronáutica donde barniza fuselajes. Obligada a llevar mono de trabajo, lo aprovecha todo lo que puede. «Una mujer con mono delante de un grupo de hombres es como una capa roja delante del toro», dice. Cuando Jim vuelve de permiso, se da cuenta de que mujer sigue siendo cariñosa pero...

ha cambiado sutilmente. Ya no es la niña tímida y asustada. Tiene un rostro diferente, más frío, más calculador. Ha aprendido la duplicidad.

Una tarde Norma Jeane pide a Jim que la acompañe a la parada de autobús. Le han dicho que su madre, su madre auténtica, Gladys, va a llegar. No se ven desde hace años. Gladys ha sido dada de alta con la condición de que viva con su familia en Portland, Oregon. De camino ha querido parar a ver a su hija. Once años de separación, una sola visita...

Cuando Gladys baja del autobús, está rara. Tiene la mirada de una ahogada y va vestida de enfermera, con bata blanca, medias blancas, zapatos blancos. Norma Jeane no la reconoce. Tiene recuerdos vagos: no ha olvidado que cuando era pequeña esta loca quiso ahogarla con la almohada. Gladys se marcha otra vez. Jim no puede dejar de decir:

—Os parecéis.

El pánico, un pánico terrible, mortal, invade a Norma Jeane. ¿Parecerse a su madre? ¡Nunca! Unos años más tarde renegará de ella en un comunicado de prensa. Cuando Gladys Monroe Baker Mortensen se sube de nuevo al autobús, Norma Jeane se siente aliviada. Esta mujer arrastra una maldición: el padre de Gladys murió en la última fase de la sífilis, su madre murió diecisiete días después del nacimiento de Norma Jeane, totalmente loca en el sentido propio de la palabra. Gladys sobrevivirá a su hija veintidós años más, hundida en una esquizofrenia que le tritura la cabeza.

Unos días más tarde, Norma Jeane se vuelve a Jim Dougherty y le dice:

—Voy a llamar a mi padre.

Descuelga, pide a la telefonista de la centralita que la ponga con... ¿con quién? ¿Edward Mortensen, su padre sustituto, que ha aceptado que lleve su apellido? Jim Dougherty no entiende el nombre que le dice a la telefonista. Norma Jeane espera, dice unas palabras, cuelga. ¿Ha podido hablar con él? Jim se da cuenta de que acaba de ser testigo de una escena de ficción. Norma no ha hablado con nadie, sólo ha creado una obra de teatro instantánea. Está jugando a la niña

abandonada, la huérfana desarmada. Ahora Jim está seguro: su mujer es una manipuladora de la piedad.

Cuando se embarca de nuevo en el *S. Du Mont*, no sabe todavía que es la última vez que estará con Norma Jeane. Cuando vuelva, ella le pedirá el divorcio.

¿Qué ha ocurrido?

Mientras tanto, Norma Jeane ha conocido a un fotógrafo del ejército. David Conover se encarga de buscar *pin up* para las revistas militares. Es algo que contribuye considerablemente a la moral del ejército.

David Conover trabaja bajo las órdenes del capitán Ronald Reagan, simpático actor, feroz antisindicalista, informante del FBI. Es la primera vez que Norma Jeane conoce a un futuro candidato a la presidencia de Estados Unidos. No será la última.

Por la noche, sola, Norma Jeane pasea. En la esquina de Irving Boulevard, una gran casa oscura, con las contraventanas cerradas, se pudre lentamente. Allí es donde Gloria Swanson contemplará a su amante ahogado en *El crepúsculo de los dioses*. Pasan algunos coches. Cae la noche y Norma Jeane mira al cielo, elige una estrella. Hay millares de chicas como yo, se dice, que sueñan con convertirse en estrellas de cine. No me importa, porque...

—Yo soy la que sueña más fuerte —murmura Marilyn.